

CAPÍTULO TERCERO

POPULISMO Y LAICIDAD: EN EL NOMBRE DEL PUEBLO, EN EL NOMBRE DEL PADRE

Laicidad y populismo son dos procesos que se cruzan en infinidad de ocasiones; sin embargo, no ha quedado claro ni por qué ni cómo se conjugan en el escenario político contemporáneo. Hablar de populismo, según Laclau (2006), es entrar en una polisemia del concepto centrada más en su carácter valorativo que descriptivo. Esto ha dado lugar a un sinfín de tratados sobre el tema desde el siglo pasado. Algunos lo han entendido como la democracia de masas (Mudde, 2012); otros, como el cruce de la demagogia y el carisma, para ejercer un control autoritario sobre aquellos excluidos que dice defender (Todorov, 2012).

Lo cierto en todo este debate es que el populismo no es una ideología en sentido estricto, pues no adscribe una posición doctrinaria, ni de principios que pudiera identificarla con un núcleo filosófico (Panizza, 2009). Más bien, muestra una forma ideológica porosa, simplista y antagónica, que aparece en momentos de crisis de legitimidad de las instituciones, y que intenta aglutinar un espectro variopinto de demandas formado por aquellos individuos que sienten que han sido excluidos de la política.

En este sentido, el populismo es un fenómeno interesante en tanto se muestra ambivalente con la democracia, a veces subvirtiéndola, otras tantas extendiendo su significado más allá de la doxa política. Subvirtiéndola al hablar en nombre de una totalidad ambigua como es el pueblo, y extendida porque en su interior todo cabe, su capacidad de inclusión es inmensa. Pero esto no quiere decir que sea antidemocrática; por el contrario,

36 / Felipe Gaytán Alcalá

reafirma su vocación democrática en la voluntad de las mayorías, rechazando el pluralismo, pues no pueden darse concesiones a intereses particulares. (Deusdad, 2003). ¿Por qué? La respuesta no es sencilla, ya que primero habrá de comprender cómo ellos definen al pueblo como sujeto político y la forma en que lo encauzan en el espacio público.

En la democracia se considera que es la voluntad general la que constituye y organiza las relaciones sociales y políticas de una sociedad. Rousseau ya identificaba este concepto como primario en el ejercicio político, pero señalaba también que era complicado asumir la noción de una voluntad homogénea, pues los individuos que la conforman tienen intereses y orientaciones que no siempre coinciden y a veces se dispersan (Constant, 1978). La voluntad general serviría entonces sólo como una referencia conceptual para remitir a una red de voluntades encauzadas a un fin común. No obstante, el populismo asume la voluntad general, no como una entelequia o abstracción; más bien es la voluntad de las mayorías, atendiendo aquello que les es común y subsumiendo o subordinando lo que son los intereses particulares. La voluntad general se encarna en un sujeto colectivo llamado pueblo, el cual se unifica no como un sujeto político, sino en una estela de demandas tan diversas y distantes que se aglutinan bajo la noción o significante vacío, donde todo tiene cabida, como puede ser la patria, la nación, el pueblo mismo, el bienestar, la justicia, etcétera. Quizá el elemento más fuerte en las tradiciones populistas latinoamericanas sea la nación como un significante vacío, ya que en su nombre se defienden causas tan disímolas como la economía y la religión, la vida como el poder (Ulloa, 2013).

Sin embargo, el pueblo no es un sujeto que el populismo interpela; antes bien, es constituido por él en una definición antagonica que le da sustento entre un “ellos” y un “nosotros”. Un “ellos” definido como los enemigos, las elites, los intereses privados mezquinos, las fuerzas oscuras. Un “nosotros” visto como la justicia, el interés común, la voluntad general. Por eso se señaló anteriormente que el concepto populista es más de carácter valorativo que descriptivo (Laclau, 2006).

Si no es una ideología ni un cuerpo doctrinario, ¿qué es el populismo entonces? No es ideología, pues no define una defensa de principios articulados, ya sea de clase o de enclave. No es de izquierda o de derecha; es un amasijo variopinto a veces contradictorio.

El populismo puede ser entendido más como una estrategia de política (Conniff, 2003), una práctica política (Laclau, 2009) y/o comunicación política (Deusdad, 2003). Es una estrategia política a través de la cual un líder personalista busca ejercer el poder a partir del apoyo directo de la población de manera inmediata, y no institucional. Para Laclau (2006), es una práctica política, desde el momento en que las demandas no satisfechas se aglutinan en reivindicaciones de distinta índole, que dan pie a un malestar y desconfianza sobre las instituciones y su eficacia; en ello aparecen los populistas para enfrentar el *statu quo*, definiendo un “nosotros” frente a un “ellos”, la noción de pueblo contra las elites, constituyéndose en prácticas que se encadenan en demandas, demandas en reivindicaciones, y reivindicaciones en un espectro tan amplio que puede ser todo y nada como lo es el pueblo mismo. Para Deusdad (2003), el populismo es eficacia en la comunicación política, eficacia que se sitúa en lo excesivamente emocional y simplista, que busca complacer al hombre común usando su lenguaje, que otorga concesiones como un dador de favores en un sentido paternalista y autoritario, centrado en las figuras que encarnan ese sentimiento, y que se alejan o desafían el sentido institucional de la vida política. Una democracia de audiencias (Arditi, 2009), en la que se apela a la emocionalidad sin contenido, a la idea como ocurrencia antes que a la razón política.

El populismo irrumpe como *insider*, integrante de la política misma, que reta a la democracia, al liberalismo y al pluralismo. Ardití lo define como el extraño interior incómodo, que perturba lo que es la normalidad democrática para desafiarla y reinventarla. Un ruido que desafía los procedimientos democráticos de la convivencia política, a veces no con buenos resultados.

1. Populismos, identidad y acción política

¿Cómo surge el populismo y cuáles son las estrategias?

Se identifica el populismo con realidades latinoamericanas; sin embargo, Europa tiene sus propias expresiones populistas centradas en la xenofobia y los nacionalismos, como en Francia, Austria, España, etcétera. El populismo encontró su cauce en tres procesos que lo alimentaron: 1) ineficacia de las instituciones en la respuesta a las demandas ciudadanas; 2) el declive de la legitimidad de los procesos institucionales, y 3) la exclusión de la representación política de las demandas ciudadanas (Conniff, 2003).

Cada uno de estos puntos obtuvo una respuesta en la práctica política, que dio lugar a los populismos y populista. La ineficacia de las instituciones a las solicitudes ciudadanas, ya sea por falta de recursos, corrupción, discrecionalidad, etcétera, fue generando que una demanda de algo se encadenara con otras peticiones distintas, y sucesivamente generara una cadena de equivalencias que habrán de ser un cúmulo tan disímulo aglutinado en una dimensión antinstitucional, estableciendo un ingrediente indispensable en todo populismo, una frontera antagónica entre un “nosotros” y “ellos”, entre el pueblo y las elites. Venezuela con Chávez y Argentina con Perón son muestra de ello.

La ineficacia y la conformación de un movimiento antinstitucional pega directamente a la legitimidad de cualquier régimen. Es aquí donde aparece la imagen carismática del líder, carisma que encarna la devoción y la salvación en la acción de un personaje que desafía lo institucional, la racionalidad burocrática. Weber construye un andamiaje sobre el carisma en su análisis. Sin adentrar demasiado en ello, basta señalar que se puede entender perfectamente en su estudio sobre el sacerdote y el profeta (Weber, 2014). El sacerdote es un administrador de los dones, cumple el ritual de la práctica religiosa según los cánones, mientras que el profeta rompe los esquemas y centra su atención en su figura, en su noción de salvación. La legitimidad política pasa en el populismo por el carisma de un líder, de una figura que aglutina las demandas. Dicho liderazgo puede ser en ausencia o como relato

del pasado. Esto será fundamental para el caso de la laicidad y el populismo.

El tercer punto, y quizá el de mayor complejidad, deriva en el tema de la representación. Hay que tomar en cuenta que la cadena de equivalencias de demandas tan disímolas vuelve complicada la representación política en un espacio democrático que ha perdido su legitimidad. En ello se aglutinan aquellos que se consideran a sí mismos excluidos y que buscan participar (McCormick, 2012). El proceso populista armado con un discurso antinstitucional, en la figura de un carisma, juega entonces a la inclusión universal en el “nosotros”, la inmediatez de hacer visibles las demandas y el paternalismo para solucionarlas, ampliación de la participación de todos, de lo público y lo privado en la esfera política, encontrando un significativo vacío, forma aglutinante sin un contenido definido. Este significativo puede ser visto como la nación, los pobres, la justicia, etcétera. Este significativo vacío en su pobreza de contenido es eficaz, pues permite incluir todo en él, sin distinguir (Panizza, 2009). La laicidad se verá confrontada con un significativo vacío del que no ha podido resolver, y que abordaremos más adelante.

Sin embargo, el populismo no disputará nunca la representación desde los valores y la agenda política. Lo disputará desde la moralidad, sustituyendo el discurso político por el discurso moral al introducir las nociones de lo bueno y lo malo, y en llevar lo privado a lo político, al articular los temores y resentimientos en la base de un mal que aqueja a la sociedad y la potestad que se posee para vencerla (Mouffe, 2009). La moralidad desplaza así a la política. Los populismos siempre interpelarán desde la base moral, desde la distinción maniquea de la maldad y la bondad.

2. Populismo y laicidad

¿Cuándo se cruzan las agendas entre populismo y laicidad? Todo el tiempo están en permanente tensión, ya que muchos de los tópicos interpelan a uno y a otro. Laclau (2009) señala con insistencia que no debemos preguntar si un movimiento o grupo es

40 / Felipe Gaytán Alcalá

populista, sino saber en qué medida lo es y lo ejerce. Esto viene a colación, pues encontraremos en el cruce entre ambas dimensiones políticas, movimientos sociales y religiosos que tienen un grado de populismo sin serlo completamente.

Un debate central en la intersección remite al tema de la voluntad general como fundamento de las libertades civiles y el reconocimiento del ciudadano. Para la laicidad, los derechos civiles se fundamentan en una voluntad general, que reconoce una dimensión del sujeto democrático, aquel cuyas necesidades e intereses encuentran una base común con los otros con quienes convive (Blancarte, 2002). Este sujeto democrático se sustenta en separar los temas privados de los públicos, de las creencias y moralidad respecto de los compromisos comunes acordados con otros que le son diferentes. En ello, la laicidad, al menos en la concepción que manejamos en este texto, tiene un sustrato liberal y democrático, que reconoce a los individuos como entidades portadoras de derechos y obligaciones (Baubérot, 2005). De ahí la preocupación por garantizar el ejercicio de los derechos frente al poder, y lo particular como integrante de algo colectivo. El sentido de la voluntad general no es el principio de mayoría; más bien, es reconocimiento y representación de los individuos como ciudadanos en el espacio político, y los grupos y organizaciones no políticas tales como las Iglesias pertenecerán al ámbito de lo público y lo privado, pero sin injerencia en lo político y la toma de decisiones (Giner, 1997). De ahí que en gran medida el aporte de la laicidad ante las demandas de reconocimiento de las minorías religiosas y los grupos de la diversidad cultural, es garantizar sus derechos como ciudadanos, independientemente de ser distintos de la cultura o creencias que profesa la mayoría de la población. Con ello se busca evitar toda injerencia de los grupos e intereses particulares que los denigre o excluya del espacio público y que, por el contrario, reivindique y salvaguarde las diferencias y expresiones de estas minorías en el espacio público.

El conflicto con los populismos se configura en la noción misma de voluntad general y en la vocación antiliberal de los carismas y en la superioridad de la noción que da la palabra pueblo.

La voluntad general no son los individuos en su referencia particular. El propio Isaiah Berlin (1998) lo menciona cuando dice que mi libertad no se puede desligar de mi relación con los demás, y en ese entramado se vuelve complicada la coordinación, dado que los individuos no ejercen su libertad sobre sí mismos, sino en la relación con los otros. De ahí que el dilema democrático es la coordinación de todos estos intereses que el populismo resuelve en la síntesis de todos, en la noción de la democracia de la mayoría, mejor dicho, en la autoridad del pueblo sobre los intereses particulares, los cuales son vistos con desconfianza.

¿Es antidemocrático el populismo? No en una primera respuesta, ya que apela a la igualdad sin cortapisa ni gradación y a una democracia de mayorías por la soberanía que reside en ella (Marchar, 2006). La respuesta cambia desde el punto de vista liberal, pues el populismo niega el pluralismo y los intereses y demandas de minorías a los que ve con sospecha. En su estrategia, el pluralismo es síntoma de que el significativo vacío no ha sido eficaz, y sospecha de las minorías como elementos de los “otros”, subterfugio e instrumento de las elites que intentan destruir el “nosotros” construido en la cadena de equivalencias de demandas sumadas (Arditi, 2009).

Partiendo de este punto, es importante señalar que la estrategia y la comunicación populistas terminan minando a la laicidad en diversos frentes, pues el discurso sobre la superioridad del pueblo, el mandato de la mayoría, revela las intenciones de dominio de las elites a través de la laicidad. Es importante retomar las tres estrategias del populismo para su defensa frente al tema de la laicidad.

A. La sobrevaloración de los derechos de las minorías frente a la pérdida de eficacia y eficiencia de las instituciones a las demandas sociales

La laicidad, como proceso político democrático, ha convertido el tema de los derechos civiles y reconocimiento de la pluralidad

42 / Felipe Gaytán Alcalá

de identidades (sexuales, culturales) en parte de la agenda del Estado, tanto en su legislación como en las políticas públicas necesarias para su operación. No es gratuito encontrar cambios constitucionales que reconocen la dimensión de la laicidad en su constitución como Estado, como es el caso de Bolivia, Ecuador, México, entre otros.

El reconocimiento de los derechos y su implementación conlleva un despliegue de acciones y recursos públicos, no siempre aceptados, no siempre respaldados por una mayoría de ciudadanos. Es en este momento cuando los populismos, de derecha o izquierda, eclesásticos o no, articulan la insatisfacción de las diferentes demandas no satisfechas y reivindican (Laclau, 2006) otras más que las articulan en una mayoría ficticia, en la noción del pueblo que demanda soluciones y no dispersión de recursos en temas que parecen banales o se venden como tales, ya que no cubren lo concreto, lo inmediato, lo urgente. La cadena de equivalencias de demandas y la postura antinstitucional sobre la laicidad y el reconocimiento de las diferencias no parte en un primer momento de un connato conservador, sino de la demanda de obtener y aplicar esos recursos en cosas útiles e inmediatas. Cabe recordar que el populismo se sustenta en lo concreto, inmediato, con réditos rápidos y exhibiendo su intervención carismática para lograr su cometido. En ello, el Estado laico se muestra en desventaja frente a los populismos de este tipo, pues frente a la urgencia y necesidad los derechos humanos y civiles se exhiben como prescindibles, más en sociedades latinoamericanas, donde la inmediatez y la intervención de liderazgos constituyen la intromisión continua en los temas públicos. Quizá la desventaja de la laicidad como proceso no sea en el tema de la cultura, sino en su comunicación política, menos emocional, pero más racional, con mayor complejidad que interpela la definición de un cambio (Mudde, 2012). Caso contrario en los adversarios, quienes son más emocionales, simplificadores y, sobre todo, venden un orden en esto.

La agenda de los derechos sexuales y derechos reproductivos ha dado cuenta de ello frente a los populistas, que buscan no avanzar al comunicar que es preferible que la mayoría decida y los

recursos sean destinados a los hospitales, particularmente aquellos de maternidad, donde es prioritaria la atención. Las Iglesias se han colocado abiertamente en un discurso populista sin notarlo o encubrirlo de manera deliberada (Stavrakakis, 2009).

Mientras la laicidad reivindica al sujeto democrático, portador de libertades y ejercicio de derechos, la otra parte lo hace a través del sujeto popular, que no es el ciudadano, sino la mayoría, la agrupación de demandas reunidas en la equivalencia donde la igualdad se entiende como bloque, como un todo a través de la abstracción del pueblo, pero operada por líderes, carismas que administran a ese sujeto popular. Esto es común en las Iglesias cuando invocan el pueblo de Dios o la comunidad de creyentes como si fueran un bloque; pero también lo hacen las organizaciones civiles, tales como los movimientos de defensa de la vida, y de políticos que hablan en nombre de sus electores.

B. La definición de la legitimidad y el carisma

Al cuestionar la eficacia de las instituciones en la solución de las demandas, o, mejor dicho, al cuestionar las razones de un Estado sobre temas de la laicidad en la gestión de la pluralidad, algunos líderes políticos y religiosos señalan las cuestiones más urgentes, y a ello se van sumando otras demandas, que en principio no tienen conexión, pero que se conectan frente a lo que consideran también su derecho. Así, se suman demandas desde cuestiones de salud, recreación, culturales, que no tendrían mucho sentido cada una por su lado, pero adquieren relevancia al momento de conectarse con lo que consideran una arbitrariedad por parte del Estado. Esto es canalizado por los líderes que hablan en nombre de ellos y en el que se fincan liderazgos carismáticos, ya sean presenciales o en ausencia, del pasado o el presente inmediato. Ya sea por liderazgos contruidos por la investidura de su cargo, como es el caso de los cardenales y obispos, Cipriani en Perú, Juan Sandoval Iñiguez en México, el exobispo Lugo de

44 / Felipe Gaytán Alcalá

Paraguay, quien llegó a ser presidente, Bergoglio en Argentina, después papa Francisco, o por su labor pastoral social como pueden surgir diversas voces de organizaciones civiles, tales como los movimientos provida o las organizaciones por la defensa de la familia. También los liderazgos políticos han canalizado su fuerza en un acercamiento populista, sea de derecha o de izquierda, como fue el caso de la oposición al tema del aborto del líder de izquierda, Andrés Manuel López Obrador en México, del ex-presidente Tabaré Vázquez en Uruguay, y de partidos políticos de izquierda o de derecha en su plataforma programática, pero que cuando se trata de tópicos tan sensibles como los derechos a la diversidad, a la sexualidad, las minorías, y cuestiones étnicas, simplemente se oponen por un costo-beneficio de poseer o definir la voz del pueblo.

Pero el juego populista se torna aún más complicado cuando los liderazgos no fundan su poder en el liderazgo de su propio actuar, sino que recurren a un carisma que ha trascendido. Eso lo han hecho las Iglesias cristianas al definirse cada una como poseedora verdadera del carisma de Cristo y la portadora de la voz del pueblo elegido. Yannis Stavrakakis (2009) lo analiza bien en el discurso del patriarca de la Iglesia ortodoxa cristiana en Grecia, en su disputa con el gobierno griego en 2000, cuando se anunció que se retiraría la referencia a la religión de las personas del carnet de identidad. El cabeza de la Iglesia griega criticó la medida como un atentado contra el pueblo griego, el pueblo de Dios que él encabeza, y que en aquel momento el 98% de la población se identificaba con ella. Dibujaba de esta manera a los otros, la elite gobernante como alejada y a un nosotros en el cobijo de la Iglesia (Stavrakakis, 2009). El clérigo se declaraba defensor del pueblo, pues clero y pueblo son consagrados en la unidad nacional griega. La defensa del pueblo de Dios —léase la mayoría de los griegos— estaba a cargo de los que les ha sido conferida la voz por mandato divino. Es claro que la noción de pueblo de Dios no sólo fue una referencia bíblica, sino también estadística y territorial para movilizar a sus partidarios. El contenido del populismo impulsado por la Iglesia griega contenía la reivindicación

del nacionalismo griego, la defensa del helenismo y el helenismo contenido en la Iglesia.

En el caso de América Latina, la cuestión de los nacionalismos ha estado menos en las Iglesias y más en los movimientos populistas más seculares, de izquierda o de derecha. Para la Iglesia, hacer frente a la laicidad es hacerlo en la apelación a la identidad cultural, los valores compartidos, la noción del bien y la moral por encima de los otros, de los enemigos, que se definen como los intereses políticos oscuros (Esquivel, 2008). En algunos casos recurren a símbolos religiosos arraigados en la idiosincrasia popular, históricos, como pueden ser las tradiciones marianas (Virgen de Guadalupe, Virgen de Luján, imagen de la Virgen de Extremadura), o a incentivos más de corte bíblico encabezados por clérigos de cierta presencia. Para ellos, la laicidad es una amenaza contra la Iglesia que se tiene que combatir en la legitimidad de los símbolos del pueblo que les han dado identidad, como ser guadalupanos, católicos, creyentes en la vida, etcétera.

Por otro lado, los grupos que propugnan un avance en la laicidad, aun los propios políticos y gobernantes, han recurrido al carisma en ausencia, no trascendental como las figuras divinas, pero sí históricas, que soportan gran parte de las percepciones de los ciudadanos sobre el espacio público (Blancarte, 2011). En este sentido, estos grupos son populistas en cierta medida cuando interpelan a los ciudadanos con símbolos carismáticos históricos. Tal es el caso de la figura de Benito Juárez en México, quien propició las Leyes de Reforma y la separación del Estado del clero en la administración de la vida civil. Esto sucedió en el siglo XIX, y en pleno siglo XXI se interpela su carisma para el efecto de la legitimidad de la laicidad en México. Otro caso interesante es el uso de Bolívar en algunos países como Venezuela, Colombia o Ecuador. La figura de Bolívar respalda profundamente las decisiones que el Estado asume respecto a la laicidad. Uruguay, en el siglo XX, a través de la figura de José Batlle. Sobre más contemporáneos podemos hablar de Perón en Argentina y Allende en Chile. En el siglo XXI fue Chávez en Venezuela y Evo Morales en Bolivia. El caso paradigmático lo es Brasil, en la figura caris-

46 / Felipe Gaytán Alcalá

mática de Lula da Silva, quien con su carisma llegó a la presidencia del Brasil, pero también se convirtió en el gobernante que firmó un concordato con la Santa Sede en 2010, con impugnaciones, pero pudo hacerlo en parte por su carisma.

En este sentido, existe un punto donde las fronteras entre laicidad y populismo se difuminan, o, mejor dicho, donde los populismos invaden el proceso de laicidad y cuestionan su legitimidad. Esto sucede cuando los políticos, en campaña, electos o en funciones de gobierno buscan a los representantes de las Iglesias para el respaldo de sus acciones. En algunos casos sólo para ser vistos junto a ellos en un juego de cierta perversidad política, que daña el proceso de laicidad desde la política misma. Se habla hoy de la crisis de legitimidad de la política, la búsqueda de nuevos referentes que permitan la legitimidad no carismática, sino racional en los acuerdos. Pero muchos políticos toman como atajo la necesidad de afianzar su legitimidad invitando a los representantes eclesiásticos a participar u opinar sobre las acciones gubernamentales o en las campañas electorales (Gaytán, 2010).

El político imagina que la transferencia o respaldo de una legitimidad que no es su ámbito se puede transferir a él, pero con ello abdica su propia legitimidad a favor de otro externo de la política quebrantando el principio de voluntad general en la que se sustenta la laicidad. No obstante, no hay transferencias de legitimidad. Es un cuestionamiento desde el populismo a la legitimidad política, dudar de la capacidad de decisión de los ciudadanos en sus acuerdos sin el auxilio de elementos externos o trascendentales (Huaco, 2011).

Políticos de izquierda o de derecha lo hacen sin calcular el riesgo que provocan a la democracia y a las libertades civiles. Cuando el cardenal Bergoglio asumió el papado, políticos, partidos y la presidencia en Argentina buscaron al nuevo pontífice en el juego electoral y en el significado de tener un papado de origen argentino. Lo mismo ocurre en el caso mexicano con los candidatos de izquierda y de derecha, desde Andrés Manuel López Obrador, de la posición de izquierda, hasta los candidatos del Partido Revolucionario Institucional, que entre sus principios

promueven la laicidad en la definición de la política mexicana, pero en campaña quedan de lado.

C. El significativo vacío

El populismo es un punto de quiebre en el tema de la representación. Se define a la laicidad por el reconocimiento del valor intrínseco de cada ciudadano que participa en la voluntad general, portador de derechos y libertades, pluralista y reconocedor de los derechos de las minorías (Stavenhagen, 2008). La laicidad se mantiene como frontera de las libertades, en un acuerdo común sobre la base de la garantía de la inviolabilidad de cada individuo, por un lado, y el blindaje de que algún grupo invoque la potestad de sus creencias sobre los demás, por el otro. En términos estratégicos, la laicidad parte de la premisa que Isaiah Berlin definió sobre la libertad, donde el derecho se impone al poder de las garantías antes que a la invocación de acciones políticas que conduzcan al autoritarismo (Berlin, 1998). Quizá por eso la laicidad tiene una dimensión más formal, normativa o legal antes que estratégica en el sentido de la *Realpolitik*.

El populismo desafía esta concepción de la libertad. Desde su punto de vista, el principio básico es la igualdad entendida de manera *sui generis*, pues la igualdad no tiene la connotación que se ha dado en la democracia clásica, sino en la necesidad de entender que es la mayoría la que debe prevalecer por encima de cualquier elemento individual. En este sentido, los gobernantes, las Iglesias, y otros grupos que invocan el derecho de mayoría no reconocen la dimensión individual. Antes bien, buscan que todas las demandas queden articuladas en una equivalencia y sometida a un significativo vacío, un núcleo pobre en contenido, pero tan amplio donde todo puede ser incluido (Laclau, 2009).

Son recurrentes las referencias a la nación, al pueblo, a la justicia, al país, a los pobres. Significantes vacíos típicos sobre lo que se ha construido todo un discurso populista, tanto los de viejo

48 / Felipe Gaytán Alcalá

cuño (Perón en Argentina, Vargas en Brasil, Cárdenas en México) como los de nuevo cuño (Chávez en Venezuela, Correa en Ecuador, Kirchner en Argentina). La pregunta ahora es ¿cuál es el significativo vacío del populismo frente a la laicidad? La cuestión se complica, pues las demandas para frenar el pluralismo invocan desde la crisis de valores hasta el miedo a las preferencias raciales o étnicas distintas. Se suman los derechos sexuales y reproductivos, las preferencias sexuales e identidades diversas. Todo ello constituye una agenda antinstitucional y de revocación de los cambios legales los que proponen gobiernos. Iglesias como la católica, líderes de movimientos conservadores, pero también de izquierda, que consideran no promover estos cambios en un cálculo electoral, como sucedió con Tabaré Vázquez en Uruguay o López Obrador en México sobre el tema del aborto. También organizaciones civiles de uno y otro signo, como fue la discusión alrededor del matrimonio entre personas del mismo sexo. Por un lado, los grupos conservadores adujeron que se atentaba contra la naturaleza de lo humano, *contra natura*. Por otro lado, grupos de defensa LGBTIQ se han opuesto a la medida argumentando que el concepto de matrimonio no es acorde con el cambio propuesto, es señal de que se recuperan las viejas prácticas heterosexuales religiosas por las que tanto tiempo han combatido.

Podemos observar entonces que el antagonismo antinstitucional contra la laicidad normativa es claramente visible entre un “nosotros” fincados en valores y un “ellos” que pervierten la convivencia social. Aparece el significativo vacío que articula al populismo: la defensa de la vida.

Este eje articulador suma tanto el tema de las protestas anti-aborto en los distintos países, el uso de anticonceptivos, las preferencias sexuales, como los valores comunitarios frente a la creciente individualidad propiciada por los laicistas. Se incorporan en la misma cadena de equivalencias el rechazo a las concesiones a las minorías de cualquier signo, los discursos xenófobos, la demanda de educación religiosa en las escuelas (Mouffe, 2009).

La defensa de la vida permite a los populismos oponerse con energía a la laicidad, no desde el argumento político, sino desde la moralidad. Derecha e izquierda dejan de ser referentes de discusiones programáticas para dar paso a la moralidad, la denuncia del mal en otros y la posición del bien para redimir la situación. El discurso moral facilita la comunicación y la estrategia, pues es fácil de digerir al señalar a “ellos” malvados, “nosotros” buenos. Y sobre los principios morales no se discute, se aceptan (Mouffe, 2009).

Otro aspecto del discurso moral es que permite la participación extensa de todos los temas en el espectro político. Lo privado y lo público ya no son ámbitos separados, sino colocados a la luz de la verdad y la bondad, que debe ser acatada. La vida misma es la combinación de esas dos esferas, sin menoscabo de nadie, pues nadie puede despojarse de sus creencias para actuar en lo público, ni tampoco lo público es aséptico cuando interviene en lo privado (Todorov, 2012).

La laicidad colocada ante el populismo parece en desventaja por dos razones poderosas. Una de ellas es que se ha colocado no en la dimensión política, sino neutral, normativa del derecho. La otra responde al tema de la neutralidad o consenso artificial de los debates públicos sobre los derechos desde un espacio con tintes salomónicos como es colocarse en el centro, entre la derecha y la izquierda, tratando de evitar los antagonismos, no porque tema al debate, sino por un cálculo de consenso que no haga de los derechos ciudadanos un tema antagónico, más bien de convergencia.

En el primer caso, la laicidad ha dejado en manos del derecho la convivencia humana y la regulación de los derechos. Es procurar la imparcialidad que la ley puede otorgar; sin embargo, Chantal Mouffe (2009) disiente de este punto al señalar que en la política no existen las soluciones imparciales a estos temas. La ilusión de la imparcialidad es aprovechada por el populismo, que construye un antagonismo político y no jurídico. Dejan en claro quiénes son “ellos” y “nosotros”. La defensa de la vida entonces

50 / Felipe Gaytán Alcalá

no pasa por la neutralidad jurídica, sino por la estridencia política disfrazada de moralidad. Esto es evidente, pues los grupos sociales y políticos que abogan por la laicidad se encierran en los parlamentos y en los reglamentos, mientras los populistas los combaten o les ganan la partida en la palestra, en la calle o en los debates públicos.

Otro punto es el discurso conciliador, posición en el centro del espectro político respecto a las izquierdas y derechas en la esfera pública. El centro parece ser el elemento de una estrategia post política, en el que se cree trascender las tensiones ideológicas, los grandes proyectos, para colocar en su lugar la agenda de los derechos humanos (Mouffe, 2009)

La falsa idea de la conciliación en un punto convergente ha desdibujado la distinción entre izquierda y derecha. Tan es así, que hoy existen discursos sobre laicidad, laicismo, laicidad positiva reivindicada por la Iglesia, etcétera. Sin embargo, la política requiere de definiciones, antagonismos claramente marcados. Al menos el populismo demagógico ha hecho suyo el tema central de la defensa de la vida bajo un sentimentalismo directo sobre la preservación de la vida, desde su nacimiento, su conservación, el estilo de vida frente a lo que es diferente. La frontera antagonica la ha definido y ha ganado la partida, por lo menos desde la moralidad encubierta en la política (Panizza, 2009).

Aunque los populismos tienen una misma raíz, las apropiaciones que hace del discurso se muestran distintas dependiendo desde donde se hable, ya sea desde el púlpito o desde el estrado, desde la sacristía o desde la plaza pública. Existen en este cruce dos tipos, que es importante señalar en su dinámica y en la construcción de una realidad que a veces se traslapa. Se trata de dos clases o tipos: uno de corte eclesiástico y otro de orden político, que devendrá en uno electoral como plataforma para la obtención de votos y así convertirse en gobierno. El de corte eclesiástico o conservador tendrá en su agenda la impronta del carisma y la representación, mientras que otro de carácter político se moverá más en el terreno del antagonismo antinstitucional,

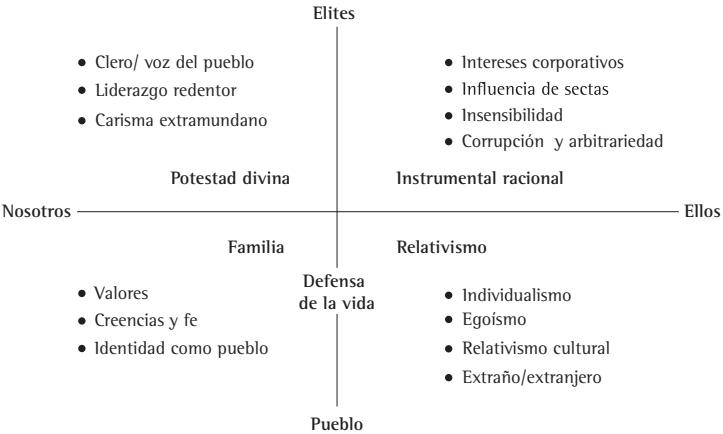
para denunciar la ineficacia del Estado, además de situarse en la disputa por la potestad de ser el que encarna lo público (Stavrakakis, 2009).

El tipo eclesiástico (de corte católico) en América Latina construye la identidad del pueblo, no en la nación, sino en la fe y en los valores compartidos; la defensa de ser el pueblo elegido, la nación se empata con la religión, y la religión con la potestad única de la Iglesia para hablar en nombre de ella (Esquivel, 2008).

El pueblo es creyente; la Iglesia, representante de Dios en la tierra, habla en nombre de Dios y tutela los valores de ese pueblo. La organización no representa a los creyentes, sino a Dios, quien tutela los valores y las creencias, como un rebaño y su pastor. Esto le ha permitido a la Iglesia católica hablar y defender el espacio público como un espacio de extensión de las prácticas, creencias y formas del catolicismo. No es gratuito entender que las procesiones, las fiestas religiosas, los eventos religiosos, los nombres de calles y las referencias espaciales en las ciudades se traslapen entre lo religioso eclesiástico y lo cultural-político. Ésta ha sido parte de la disputa que el Estado nacional en América Latina ha mantenido con la Iglesia católica, pugna que dibujó a la laicidad en su forma anticlerical, la pugna por descatolizar el espacio público (Mallimaci, 2001).

Otras Iglesias cristianas han definido también su lucha contra el Estado y las políticas laicas. No desde la disputa por lo público y la identidad nacional, sino desde la posición de la defensa de los valores de la familia. En ambos casos, católicos y otras Iglesias han coincidido en perfilar su estrategia populista en el antagonismo entre ellos y nosotros, entre el pueblo elegido, creyente y fervoroso frente a una elite insensible y políticamente instrumental. Todo desde la moralidad de un discurso que no disputa aparentemente el poder, sino la defensa de la vida y los valores como eje articulador.

POPULISMO ECLESIAÍSTICO A TRAVÉS
DE SUS EJES DISCURSIVOS ANTAGÓNICOS
(Figura 1)



FUENTE: elaboración propia.

El primer antagonismo sobre el significativo de la defensa de la vida es la distinción entre un “nosotros” respecto a un “ellos”, definido desde lo eclesiástico. La distinción no es de recursos económicos o de representación política, es moral. El “nosotros” encarna los valores verdaderos, la creencia y la fe que define la identidad de un pueblo. El punto neurálgico se centra en el concepto de familia, frontera que salvaguarda los valores y la fe de un espacio incierto. Del otro lado se encuentran “ellos”, definidos por su indiferencia y individualismo, egoísmo que arrastran tras de sí a los demás. El segundo antagonismo lo marca la distinción entre el pueblo y las elites, donde el pueblo es creyente fervoroso de que deposita su esperanza en la elite eclesiástica, elite elegida por vocación de Dios en su carisma de lo extramundano. En realidad, la jerarquía sacerdotal habla con la autoridad de la dispensa del carisma divino. Esto le permite confrontar a la elite política al

señalar la influencia de las sectas (lo extraño), las corporaciones económicas, la corrupción y la arbitrariedad. Éste será su mapa por el cual, en principio, transitarán los populismos eclesiásticos frente a los derechos civiles del cuerpo, la sexualidad, la cultura, lo racial, que promueve la laicidad desde su perspectiva.

Los populismos políticos se mueven en una lógica paralela, aunque algo distantes de la anterior. La definición de ellos es la defensa de la vida, pero la vida comunitaria o el espacio comunitario que se abogan defender frente a la fragmentación que provocan los derechos y libertades laicos. No es la defensa de la vida y la familia, es la defensa del espacio común que provoca excluidos de lo que debe ser la comunidad.

La distinción primera sobre “nosotros” y “ellos” parte de la premisa del pueblo como comunidad, unidad indisoluble, romántica y armoniosa, en peligro de ser destruida por aceptar la diversidad (Deusdad, 2003). Para un “nosotros” es importante generar vínculos solidarios en una comunidad idílica donde las relaciones son horizontales e iguales, donde la distinción de lo público y lo privado se desvanece, pues el interés y el bien común no se contraponen. Este punto es fundamental, ya que en el avance de los derechos promovidos por la laicidad se intenta proteger la integridad individual a través de las libertades, pero para este tipo de populismo, la comunidad es suficiente para salvaguardarla haciendo privado lo público, y viceversa. Es la trampa discursiva sobre el tema del aborto y las decisiones que las mujeres asumen, o el caso de ir contra el matrimonio entre personas del mismo sexo, etcétera. Los “otros” se definen entonces como lo desviado, intereses ocultos y el cinismo cívico, donde prevalece la ignorancia. En este punto la distinción se finca en el antagonismo entre la comunidad y la masa, los lazos solidarios frente a la despersonalización entre los individuos.

La segunda distinción antagónica entre elites y pueblo abre diferencias interesantes. Frente a la comunidad se yerguen amenazas de una elite política caracterizada por la insensibilidad de una par-

54 / Felipe Gaytán Alcalá

tidocracia que no se preocupa por los lazos comunitarios, el marcado “antinacionalismo” derivado de la insistencia de señalar que muchas de las iniciativas sobre derechos sexuales y reproductivos provienen de otros países y otras culturas, y que se han adoptado en México sin reconocer su identidad y sus valores (Laclau, 2006). La lógica de las elites políticas se ve como meramente legislativa, normativa, generación de leyes sin atender la voz de las mayorías. Frente a esa elite se contraponen el liderazgo de la defensa de lo “nuestro”, lo comunitario, ensalzar los valores compartidos e insistir en la defensa de lo común. Las elites de este tipo de populismos provienen generalmente de viejas luchas conservadoras contra los comunistas o de cuadros eclesiásticos. En muchas de ellas no se reconocen como elite, sino como mensajeros que promueven algo que sabe le exige la comunidad a la que pertenecen.

POPULISMO POLÍTICO A TRAVÉS
DE SUS EJES DISCURSIVOS ANTAGÓNICOS
(Figura 2)



FUENTE: elaboración propia.

COROLARIO

En este punto es necesario reflexionar sobre el papel del populismo en el proceso de laicidad en América Latina. Se confunde con posiciones ideológicamente de derecha, pero su práctica y estrategia no permite encasillarlo tan fácilmente. Al ser altamente maleable, parece, en ocasiones, acorde a los cambios en los derechos civiles, pero al observar de cerca su discurso deja ver elementos que van en sentido contrario, y aún más, se apropian del mismo discurso de la laicidad, como ha ocurrido con los términos de la laicidad, positiva o en todo caso de la defensa de la mujer, pero en sentido inverso, apegada a los valores comunitarios.

El gran eje articulador, como lo es la defensa de la vida, ha sido el gran marco desde el cual la estrategia populista ha logrado afianzar su debate y aprovechar la laicidad como el gran tema a vencer en la agenda conservadora.